

magnánima, contada con razon entre los héroes de su tiempo.

Entonces nacieron las dos facciones de Yorck y de Lancaster, baxo los nombres de Rosa Blanca y de Rosa Encarnada, que servian de señales distintivas á las tropas de los dos partidos. Era gefe de la primera Ricardo duque de York, que habia sido regente de Francia despues de la muerte del duque de Bedford, y pretendia el trono de Inglaterra: la segunda estaba adicta á los intereses del rey Henrique VI., de la casa de Lancaster. Estas facciones enemigas se atacaron y se defendieron recíprocamente con todo el encarnizamiento de las guerras civiles. Trece batallas sangrientas y muchos sitios de igual mortandad señalaron su furor. Ni la habilidad de la reyna, ni el ardiente y generoso zelo que sabia inspirar á los que se declaraban por ella, ni su valor, ni su intrepidez, ni su eloqüencia persuasiva, ni la justicia de su causa, ni las mismas victorias que ganó, ni las pérdidas de sus enemigos, nada pudo preservar á su desgraciado esposo de la funesta suerte que le esperaba. Este príncipe experimentó en un corto espacio de tiempo todos los sucesos encontrados que la buena y la mala fortuna pueden reunir. Precipitado dos veces del trono, y dos veces restablecido, arrestado y puesto en prisiones dos veces, y dos veces libertado para gozar de un rayo de prosperidad que se eclipsó inmediatamente, fué preso otra vez; y un duque de Gloucester que habia sacrificado ya al príncipe de Gales su hijo, última esperanza de su casa, le asesinó vilmente.

Eduardo IV., primer rey de la casa de York, recogió el fruto de todos los crímenes que la venganza y la política habian hecho cometer; y su fortuna tuvo tambien continuas alternativas de prosperidades y de reveses, viéndose unas veces vencedor, otras cargado de prisiones. Londres le recibió en triunfo en medio de aclamaciones y de extremos de gozo, y poco tiempo despues se vió obligado á huir para buscar un asilo en el extranjero. En fin su constancia y sus esfuerzos lograron la victoria, y todos los que podian hacerle sombra fueron sacrificados á su seguridad. Hallándose poseedor del trono por la destruccion de sus enemigos, llegó á ganar la estimacion de sus vasallos, y quando murió el año de 1483 estaba tan

bien asegurada su dominacion, que le sucedió su hijo tranquilamente.

Pero no duró la calma largo tiempo. El jóven príncipe, que no tenia mas que 13 años, halló un perseguidor y un verdugo en su tio el duque de Gloucester, que se habia hecho declarar proctector del reyno. En dos meses hicieron tantos progresos las tramas y los sordos manejos de este ambicioso, que fué proclamado rey con el nombre de Ricardo III. en una asamblea de gentes afectas á sus intereses. Con él subieron todos los vicios al trono, cuya usurpacion cimentó con la sangre de su pupilo, comprehendiendo en su pérdida al duque de York, hermano de este príncipe infortunado. No quedaron impunes mucho tiempo la perfidia de Ricardo y sus atroces crueldades; pues el cielo suscitó un vengador de las víctimas que este usurpador habia sacrificado á su ambicion en Henrique conde de Richemont, único respeto de la casa de Lancaster: el qual derrotó á Ricardo en la batalla de Bosworth, en que fué muerto con las armas en la mano, siendo la corona de Inglaterra el fruto de su victoria. Ricardo III., fué el último príncipe de la línea angersina ó de los plantagenetos, que habia mas de 300 años que reynaba en Inglaterra.

En el siglo XV. dividida aun la España en quatro monarquías, la despedazaron continuas guerras como en los siglos precedentes; pues abrigaba en su mismo seno el principio de los males que experimentaba. Era imposible que quatro reyes, tan vecinos los unos á los otros, no tuviesen muchas veces intereses políticos que disputar, y que la ambicion de los príncipes, tentados por invadir y zelosos de conservar, no produxesen aquellas grandes quejas que solo se deciden por las armas. Los enlaces entre las familias reales de estos diferentes estados eran tambien, como ya hemos notado, una semilla fecunda de pretensiones, de empresas, de usurpaciones, y por consiguiente de guerras nacionales. En cada reynado habia siempre algun príncipe descontento que pretendia hacersele perjuicio, y reclamaba los derechos de una heredera de quien descendia. Los señores, que habian conservado todos los privilegios usurpados por los vasallos principales, y los mismos prelados, que no eran ménos zelosos de los suyos, tomaban parte en estas diferencias segun sus inte-

reses. De este modo, quando las discordias civiles se apapaban por un lado, se volvian á encender por otro; y unidos los ambiciosos con los descontentos, tenian continuamente nuevos pretextos para turbar la paz pública. Añádase á esto que apenas se conocia en España otra profesion que la de las armas (a). Ignorábanse absolutamente las artes y las manufacturas, en las que se ocupaban los mahometanos con felicidad. No habia ninguna industria, ningun comercio; y uno y otro estaban en manos de los judíos, que en este pais mas que en otro reunian la útil actividad de factores á la insaciable codicia de usureros.

Como los príncipes que reynaban en España estaban divididos entre sí por sus contiendas é intereses, rara vez pensaban en unirse contra los moros. Es verdad que el poder de este pueblo, en otro tiempo tan formidable, no estaba ya en estado de inspirar temor, porque sus divisiones los habian debilitado aun mas que las conquistas hechas por los christianos. De todos los estados que habian poseido en el continente no les quedaba mas que el reyno de Granada, y se acercaba el tiempo en que iban á ser echados de él para siempre. No obstante algunos príncipes españoles tomaron las armas contra ellos de quando en quando, y les quitaron diferentes plazas, cuya pérdida aumentó su flaqueza, y preparó su total ruina.

(a) El autor habla aquí con demasiada generalidad, pues aunque es cierto que se hallaba en decadencia la industria, y que las buenas reglas económicas estaban olvidadas, las letras tuvieron en este siglo una suerte mas feliz. El reynado de Don Juan el II. fué muy favorable para ellas, no contentándose este príncipe con protegerlas, sino dando tambien algunas pruebas de su literatura, como se ve en las coplas *Amor nunca pensé*, &c. que se encuentran entre las poesías de Juan de Mena. Por este tiempo florecieron Fernán Pérez de Guzmán, Don Henrique de Villena, el marques de Santillana, Don Jorge Manrique, el referido Juan de Mena, y otros infinitos poetas de mucho nombre, que se pueden mirar como los fundadores de la buena poesia castellana. Véase á Don Nicolás Antonio en el tomo II. de su bibliotec. vet. y á Sarmiento en las memorias para la historia de la poesia, §. II. El rey Alfonso de Aragon contribuía por su parte á aumentar el esplendor de las letras, no solo en Italia, sino tambien en España. Los estudios serios, las lenguas sabias y la oratoria se cultivaron asimismo con fruto por varios hombres insignes de esta nacion; entre quienes sobresalieron gloriosamente el Tostado, Don Alonso de Cartagena, García de Meneses y Alfonso de Benavente; los cuales si no excedieron, fueron comparables á qualesquiera otros de Europa. A fines de este siglo, reynando ya los reyes católicos, tomaron las ciencias mas incremento, y la monarquia empezó á cobrar aquel vigor que la hizo despues la potencia mas respetable de Europa.

Los reyes de Portugal, que acrecentaban cada dia mas su poder, les hicieron la guerra con tan buen suceso, que dieron inquietud á los mahometanos de Africa. Pero hasta despues de la reunion de los reynos de Castilla y de Aragon en el floreciente reynado de Isabel y de Fernando el Católico, hácia el fin de este siglo, no perdieron los moros á Granada y su territorio, pequeño resto que habian conservado de su antiguo esplendor; cuyo suceso merece que nos detengamos en él para considerar sus efectos.

Don Henrique IV., rey de Castilla, príncipe cuyas disoluciones y costumbres escandalosas solo tenian igual en las de Doña Juana su muger, se habia visto forzado á consentir en su deshonor subscribiendo un acto que declaraba á su hija Juana por ilegítima, y de consiguiente incapaz de sucederle, y reconociendo á la princesa Isabel su hermana por heredera suya, á cuyo solo precio se le conservó á Henrique el título de rey. Casó Isabel con Fernando, llamado por su nacimiento al trono de Aragon, y esta union formó un poder qual nunca habia visto la España desde el reynado de los príncipes christianos despojado por los musulmanes en el siglo VIII. Los dos esposos gobernaban separadamente sus estados sin confusion de poder, ni dependencia reciproca, aunque con unos mismos intereses y principios políticos. Juntaron, pues, sus fuerzas para acabar de destruir la dominacion morisca, que en medio de las débiles reliquias de su poder resistió todavia mucho tiempo á los esfuerzos de sus enemigos. Necesitaron seis años de trabajos y de combates las armas combinadas de Castilla y de Aragon para conquistar el pequeño reyno de Granada; cuya capital atacada y defendida con igual valor no se rindió hasta despues de seis meses de sitio el año de 1492, habiendo sido Boabdil su último soberano. Bien se sabe quanto contribuyó con su prudencia y con sus consejos el célebre cardenal Ximenez de Cisneros, ministro de Isabel y uno de los mayores hombres de su siglo, á esta importante conquista que habia preparado muy de antemano, y de cuya gloria participó con los dos reyes (a). No se volvieron á levantar los mahometanos de su ruina, quedando España libre para siem-

(a) En aquel tiempo todavia no conocian los reyes á Ximenez, ni era arzobispo. *Alvar Gomez*. Vida del cardenal Ximenez.

pre de un yugo que habia llevado, cerca de ocho siglos. Por este feliz acaecimiento mereció Fernando el título de rey Católico, título glorioso de que han usado despues siempre los reyes de España (a).

Los estados del Norte estaban agitados de revoluciones y de continuas guerras como en los siglos pasados. Despues del memorable reynado de Margarita, los tres reynos de Dinamarca, Noruega y Suecia, tan pronto reunidos en un mismo príncipe, tan pronto gobernados por los soberanos que ellos se idaban, jamas estuvieron en una situacion pacífica. La autoridad de los reyes restringida siempre por los privilegios de los grandes, del clero y de la nacion, no podia hacer ninguna cosa útil permaneciendo en los límites en que se veia estrechada, de los cuales no podia salir sino por medio de la violencia, que casi siempre conduce á la opresion y á la tiranía. A los grandes, zelosos en extremo de sus prerogativas, todo les hacia sombra, y la rebelion seguia muy luego á las murmuraciones. El clero llevaba aun mas adelante sus demandas y el abuso de su poder; y la nacion tenia tambien sus derechos fundados en leyes antiguas ó en usos con fuerzas de ellas. Si sospechaba que sus reyes querian alterarlos, prorumpia en sus quejas, y pronto hallaba cabezas que le excitaban á tomar las armas y á vengarse. Por en medio de estas borrascas pasaron los reynados de Erico, de Christobal, de los dos primeros christianos, y las dos administraciones de Canuto-Son y de Steen-Sturo; habiéndose suavizado solo rara vez esta violencia con algunos instantes de calma en toda la duracion de este siglo.

No hemos podido delinear el quadro de la Alemania sin dar á conocer en parte el estado de la Bohemia y la Hungría, cuyos intereses se han hallado casi siempre mezclados con los de los príncipes que han gobernado el imperio en esta época. La Polonia, que desde entonces tenia ya tal constitucion que á la muerte de sus reyes no podia elegir otro nuevo sin experimentar las mas violentas convulsiones, estuvo casi constantemente en guerra con los caballeros de la órden Teutónica. Estos religiosos guerre-

(a) A Recaredo se habia dado en otro tiempo el mismo título en un concilio de Toledo por haber abjurado el arrianismo, y Alonso I. volvió á tomarlo despues.

ros, cuyo primer instituto habia sido apoyar con las armas el zelo de los ministros evangélicos que trabajaban en la conversion de los idólatras del Norte, habian perdido de vista hacia mucho tiempo el objeto piadoso de su fundacion: y la ambicion, la codicia y el espíritu de conquista que se habia apoderado de ellos, los hizo un cuerpo peligroso, que armado siempre para defender sus posesiones ó extender sus límites, meditaba incesantemente nuevas invasiones, sin respetar ni la justicia, ni la fe de los tratados. Casimiro V., de la familia de los Jagelones, y que aumentó su gloria, reprimió la inquietud de semejante nobleza emprendedora, forzándola á ceder una parte de la Prusia, y no dexándole la otra sino á título de feudo procedente de la Polonia. Quedando los caballeros teutónicos con este reglamento ménos poderosos y ménos temibles, no pudieron turbar tanto la inquietud de sus vecinos.

Hacia esta época la Rusia, que habia sufrido por largo tiempo el yugo de los tártaros, rompió sus cadenas, y se hizo independiente, debiendo esta ventaja á Juan Bacilowitz, el primero de sus príncipes que tomó el título de Czar; el qual animado de una chispa de aquel ingenio que en nuestros dias se ha visto brillar con tanto resplandor en Pedro el Grande, se sintió nacido para reynar sobre una nacion que solo recibió leyes de él. Hizose dueño de la fuerte ciudad de Novogorod, en donde los príncipes tártaros descendientes de Genghiskan habian depositado sus tesoros. A esta conquista se siguió muy luego la de Moscou, en cuya ciudad estableció la silla de su dominacion y la capital de su imperio; y así con razon se considera á este príncipe como fundador de una potencia que por sus nuevos acrecentamientos se ha hecho una de las mas vastas y mas florecientes de la tierra.

Entre tanto que las dos casas de Anjou y de Aragon fundando sus derechos en títulos poco mas ó ménos de igual valor disputaban entre sí el reyno de Nápoles, siendo este pais teatro de mil combates sangrientos; lo interior de la Italia estaba despedazada por crueles facciones. En medio de estos disturbios se formaban unos pequeños estados, que habiendo adquirido con el tiempo mas consistencia, se han mantenido hasta nuestros dias. De este modo se apoderó la casa de Est de Modena y de Ferrara, y perpe-

tuó su dominacion en uno de estos dos principados. La casa de Gonzaga se estableció en Mantua, y todavía ocupan hoy estos príncipes un lugar distinguido entre los soberanos que reynan de la otra parte de los montes. Los Visconti se hicieron dueños de Milan, que ya era la capital de un ducado considerable por su extension y riquezas, quando los Esforcias adquirieron su soberanía. Florencia, que se gobernaba siempre como república, extendia su dominio á otras ciudades, y aunque destrozada por la discordia, veía que las potencias vecinas buscaban su alianza. Venecia hacia conquistar en el continente y en las islas, siendo sus flotas el baluarte de la Europa por el lado del Mediodia contra el poder otomano. Génova despedazada por sus propios ciudadanos vacilaba entre la esclavitud y la libertad, no pudiendo ni gobernarse por sus leyes, ni ceder á la tiranía de las familias poderosas que tiraban todas á oprimirla, ni sufrir sin inquietud el yugo de una dominacion extranjería. En fin la Suiza, que en parte se habia hecho libre en el siglo precedente, aseguró su independenciancia; y esta nueva república reducida al principio á tres Cantones, recibiendo otros en su union, aumentó sus fuerzas, y poco á poco se hizo respetable á los estados mas poderosos que la rodeaban; viéndose luego bastante rica en hombres para proveer de soldados á la mayor parte de los príncipes que llenaban la Europa de querellas sanguinarias.

ARTICULO III.

Descubrimiento de la América.

El descubrimiento de la América debe mirarse como el suceso mas importante de toda la historia moderna, y de igual interes para la política, para el comercio, para las costumbres generales y para la religion. Es menester tomar las cosas de un poco mas atras para reunir en un mismo punto los nuevos descubrimientos que no podia dexar de producir la invencion de la brújula, ó en un tiempo ó en otro. La aguja tocada del iman, que suple á los astros que no se pueden ver siempre, y que fixada hácia el Norte, adonde se vuelve incesantemente, indicá este punto del mundo mejor que la misma estrella polar, habia al-

gun tiempo que estaba conocida. Habiéndose servido de ella algunos navegantes para viajar al océano Atlántico, descubrieron la isla de la Madera y la de Tenerife, que hace parte de las Azores. Volviendo despues hácia las costas occidentales del Africa, tomaron posesion de ellas en nombre del rey de Portugal Juan I., que habia excitado su industria suministrando los gastos de estos diferentes armamentos. Los navegantes llevaron todavía mas adelante sus tentativas, y los unos descubrieron el Cabo de las Tempestades, llamado despues el Cabo de buena Esperanza, abriéndose por allí un nuevo camino para las Indias orientales, cuyo comercio se hizo mas pronto y mas fácil. Los otros habiendo reconocido las costas del Brasil, enarbolaron en ellas la bandera portuguesa. Todos estos descubrimientos, que eran preludio de otros mas considerables, habian precedido á las expediciones de Christóbal Colon (1).

Este hábil navegante, dotado de un ingenio particular para las empresas marítimas, era genovés, y habia adquirido por una especie de instinto algunos conocimientos astronómicos; llevándole este mismo instinto como por sí mismo á hacer aplicacion de sus ideas á la navegacion y á los viages de largo derrotero. Guiado por su ingenio, y ayudado solamente de un mapa imperfecto, concibió que el océano Oriental bañaba precisamente islas y tierras considerables en otro emisferio, cuyo descubrimiento no le pareció imposible. Primeramente propuso como buen ciudadano á su patria estas ideas como un medio de acrecentar su poder, y de asegurarle todo el comercio del mundo con el imperio de los mares. Apenas se aplicó atencion alguna á lo que proponia, pero no le desanimó esta mala acogida. Eleno de su designio, no perdió las esperanzas de hallar alguna potencia, que ó por ambicion ó por el amor de la gloria hiciese lo que era necesario para ejecutarlo. Dícese que se dirigió sucesivamente á las cortes de Francia, de Inglaterra y de Portugal, y que de todas fué desechado; y en quanto á la Inglaterra y á la Francia lo creemos fácilmente, porque los príncipes que entonces reynaban en estos dos estados estaban muy ocupados interiormente en disipar las tempestades que turbaban

(1) Las costas del Brasil se descubrieron despues de las de Colon año de 1500.